

## EL LENGUAJE POPULAR y el erudito

C. de Méjico, abril 14 de 1921

Señor don Julio Cejador y Frauca--Madrid

Muy distinguido amigo:

Me refiero a su carta de 10 de marzo último que me dirigió usted con motivo de la Tesis sobre puntos de lenguaje, que su autora, mi discípula la señorita Delfina Huerta, le mandó. Mostréle la dicha carta, y tal vez ella le conteste por propia cuenta.

Como algunas dudas me caben sobre lo allí sustentado por usted, y como a pesar de mis ocupaciones habituales me doy tiempo para comunicarme por escrito particularmente con aquellas personas de mi aprecio, correspondo a su atención de haberme escrito, leído que hubo la Tesis.

Desde que apareció la *Gramática de la Lengua de Cervantes* admiré los conocimientos lingüísticos de su autor, aplicados a la más bella prosa que poseemos; y sinceramente sigo admirándolo hasta hoy, además, como escritor infatigable y fecundo. Pero como en la carta expone usted doctrinas extremadas y exclusivistas, no puedo menos de diferir de esas opiniones suyas, y voy a darle los motivos o fundamentos de mi divergencia.

Iré, al intento, transcribiendo textualmente lo más substancial de su misiva, y a sus doctrinas haré un comentario más o menos extenso, según lo requiera el caso.

Afirma usted que «para la moderna ciencia de la lingüística los idiomas son productos naturales, inconscientes de la sociedad, como las plantas lo son del

suelo, y por eso hay ciencia de ellos, con leyes que el lingüista debe recoger y explicar. Por eso el idioma que éste estudia es el popular, el único propio idioma; lo traído por los eruditos flota como escoria sobre él; no obedece del todo a las leyes del idioma, no es producto natural, inconsciente, no es más que como las flores de trapo que el botánico no toma en cuenta para nada. Los vocablos del erudito no pertenecen al idioma del cual se ocupa el lingüista. Esto es axiomático,» agrega usted con el desembarazo de quien pisara un terreno muy firme y conocido.

No, no es tan axiomático todo eso que usted asienta, y esa evidencia con que usted lo ve, queda para mí como anublada u obscurecida ante las siguientes consideraciones:

El vulgo, la gente popular o plebe fue extraña al latín de César, Cicerón y T. Livio, y de Virgilio, Ovidio y Horacio. Según la teoría de usted, todo esto, lo mejor del latín, no ya en cuanto a estilo, sino en cuanto a vocabulario, pronunciación y giros, todo el latín clásico, son flores de trapo; y sólo el latín rústico es materia estudiabile para el lingüista: plantas naturales. Pero es el caso y es un hecho que inagotable materia ha dado al estudio de los filólogos ese mismo latín clásico que, no trascendió a la turbamulta de suburbios, campos y campamentos, y que no colaboró en él mayormente; y menor atención prestó el lingüista al *sermo rusticus*, por quedar de éste menos vestigios, como idioma hablado en su mayor parte, y no hablado y escrito, a un tiempo, como lo fue el primero.

La sociedad, dice usted—y es ello evidente—forma la lengua; pero como doctos e indoctos—replico—constituyen esa misma sociedad, luego aquellos como éstos, aportan su contingente al habla, cada uno según sus peculiares caracteres: y ambos contingentes, popular y

erudito, han pesado y pesarán en la balanza de la filología y la lingüística. Si usted suprime el platillo donde va la parte de los eruditos, suprimió usted parte también del fenómeno observable, lo mismo en la Roma de César y de Augusto, que en la Francia, la España y la Italia de la Edad Media, del Renacimiento y de nuestra época.

Que Moisés, legislador e historiador de los hebreos, fue un erudito, nos lo dice el texto sagrado:

ΚΑΙ ΕΠΗΛΙΔΕΥΘΗ ΜΩΥΣΗΣ ΕΝ ΠΑΣΗ ΣΟΦΙΑ  
ΑΙΓΥΠΤΙΩΝ

*Et eruditus est Moyses omni sapientia egyptiorum....*

Pues bien, el *Pentateuco*, obra en su mayor parte de aquel gran erudito, y escrito en un lenguaje erudito; y el *Libro de los Proverbios*, y el de los *Salmos* y el de *Job*, etc., obras de eruditos y escritas en una lengua erudita, han sido la base para capitalísimos estudios de la lingüística hebraísta, muerta como lo está y desconocida como lo es en nuestros días, la lengua hablada y vulgar de los antiguos judíos.

Los botánicos han estudiado, pues, estas flores de trapo.

El *Rig-Veda*, himnos sagrados, compuestos por los sabios Brahmanes y escritos en una lengua, no ya erudita, sino artificial casi; con aquellas sus cinco consonantes cerebrales que ni ellos mismos, los Brahmanes de hoy, aciertan tal vez a pronunciar debidamente, el *Rig-Veda*, digo, dado a conocer por Max Müller, en la lengua original, en Europa, después de haber sido objeto de minuciosos análisis esta lengua semi-artificial, por los antiquísimos gramáticos hindúes Yaska y Panini, dio fundamento al alemán Bopp para sus famosos estudios comparativos entre el sánscrito, el zend, el griego, el latín, el lituano, y para comprobar nada

menos que la admirable unidad indo-europea, antes sólo entrevista por Schlegel.

Ya vemos si la filología aprovecha esas lenguas de trapo que así usted denomina.

Por lo que de natural tiene el paso es un fenómeno análogo al del habla. Pero el teórico que pretenda estudiar el mecanismo de este fenómeno o conjunto más bien de ellos, si no quiere quedar incompleto en la teoría que formule, tendrá que observar el paso ordinario, la carrera, el paso de los soldados en los desfiles militares y los variados movimientos de los danzantes en los regocijos públicos y privados. El que no observara más que el paso natural y no los otros, haría cosa análoga a lo que usted pretende, al no valorizar distintamente el lenguaje clásico, el meramente literario, el familiar y el bajo. Conforme a sus doctrinas, no se le da importancia más que al lenguaje del vulgo: al *folk-lore*, como quien dice.

Irnegable es que en lugar de que se inventaran en un tiempo palabras en un todo peregrinas para expresar todo aquello traído por los cambios y adelantos realizados en el pensamiento y las costumbres, mayormente transcurridos los siglos medios, hubo de acudir, en las lenguas romances, a las raíces, temas y desinencias latinas, como lo más obvio y familiar a los especialistas, y sencillo a todos; sin hacerse combinaciones silábicas arbitrarias e insólitas, a la manera que se ha hecho, tratándose del volapük y el esperanto. Esto explica, a mi modo de ver, no poca parte de las latinizaciones del castellano.

Para aquella clase social constituída por campesinos, artesanos, obreros, domésticos y trajinantes, y cuya inteligencia, por lo general, está poco o nada cultivada, la vida de relación es mucho más estrecha, rutina-

ria y modesta que en las demás clases intelectuales; sirviéndose los primeros, por lo mismo, de un vocabulario tan reducido como sencillo, y siéndoles extraño—hasta cierto punto—aquél fonetismo latino, que llamaré yo complementario o de extensión, de las nuevas voces en que entraron las combinaciones *ct, ns, x, xc, abs*, como en *adicto, producto, instante, transparente, experto, expirar* (de diverso significado que espirar), *excelencia, abstención*, etc.

Los antiguos castellanos v. gr.: dijeron *carrera* para significar, ora camino, ora un medio (y así dijo el Rey Sabio: *catamos carrera*, sinónimo de buscamos un medio); pero esto ya no bastó a una sociedad más adelantada, y así díjose después *carretera* en la misma acepción de *carrera*, y *conducto* en la otra, con sus derivados *conducta, conductor, conductancia, conductible, conductivo, conductibilidad, conductoro*.

Los antiguos usaron las palabras *pegar, apegar y apegado*; mas esto, andando los días, no bastó tampoco, y posteriormente díjose *adherecer, adherir, adherencia, adhesión, adhesividad, adhesivo y.... adicto*.

Al vulgo fuéronle y le son aún extrañas estas voces sin duda muy latinizadas, por cuanto a que—lo repito—en sus muy ceñidas relaciones sociales y en el limitado lenguaje de que tiene que echar mano, para poco o nada las necesita.

Díjose asimismo y sucesivamente *estrano, estranno y extraño*; mas como quiera que con posterioridad ello no fuera suficiente, acrecentóse, pues, el vocabulario con *extranjero, extranjería, extranjerismo y extranjis*; y más tarde adoptóse aun juntamente, *exótico, exotiquez y exotismo*. El vulgo continuó satisfecho y suficientemente abastecido con sólo el término *extraño* y sin *x*.

El vulgo, por último dijo *más bueno y muy bueno, más malo y muy malo*; pero, los eruditos añadieron:

*mejor y óptimo; peor y pésimo*, y tan legítimo y útil fue y sigue siendo lo uno como lo otro.

Con razón el eminente hablista colombiano, don Rufino José Cuervo, en sus incomparables *Apuntaciones Críticas*, dijo:

«Nadie revoca a duda—no llegaría quizás a conocer la peregrina doctrina de usted—que en materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas.»

Con lo que precede creo dejar suficientemente contestada además la proposición suya que asienta en su carta: «Nuestro idioma no admite *ct, ns, x, xc*.» Pretender que tales sonidos no los admite el castellano, es como querer tapar el sol con un dedo. La cosa pasó ya, como dicen los juristas, en autoridad de cosa juzgada.

«Para la moderna ciencia de la lingüística los idiomas son productos naturales, inconscientes,» dice usted asimismo en su carta. Efectivamente, para algunos filólogos de comienzos del siglo XIX fueron conceptuados los idiomas como hechos fatales, semejantes a fenómenos como la gravedad o las reacciones químicas; ni faltaron tampoco entre aquellos mismos quienes tuvieron al hebreo por la lengua la más primitiva, de la que todas las demás procedían, ni quienes profesaron la doctrina de que un mismo idioma sucesivamente pasara del estado de monosilábico al de aglutinante para llegar al de flexión: conceptos todos tres que hoy día están rectificadas y relegadas entre reconocidos y confesados errores.

Hoy—concretándome al punto que usted toca—la opinión más autorizada en lingüística es, la de que ésta tiene que auxiliarse, en los problemas que estudia, de la antropología, de la etnografía y la psicología; y hasta

se ha creado una nueva rama de la ciencia que se denomina etno-psíquica, ciencia ésta al parecer que para nada tiene usted presente. Así pues, donde usted pone *inconsciente*, yo pondría *espontáneo*. Breal ha dicho a este respecto: «El lenguaje es la más espontánea y continua creación del hombre»; y Renán, por su parte, asienta: «La relación entre el significado y la palabra nunca es necesaria, nunca es arbitraria, sino siempre motivada.» Y en otra parte el mismo sabio así se expresa:

«El lenguaje refleja más fielmente al espíritu humano que la literatura y el arte. La creación del lenguaje es debida a las facultades humanas que obran espontáneamente, pero en su *conjunto*. El lenguaje es un organismo que vive la vida del espíritu humano. Una lengua literaria (erudita) nunca es madre de otra lengua, sino que antes proviene ésta de la vulgar y una y otra son como *hermanas*.»

Si, pues—añado por mi cuenta—el lenguaje es un producto natural del espíritu y de los órganos del hombre, y como en las operaciones del espíritu humano entran por mucho la abstracción, la generalización y la reflexión, síguese que en nada se compadece con esto, aquella inconsciencia que se pretende, y legítimamente concluyo de todo ello que no puede ser, no es un fenómeno del todo inconsciente del lenguaje.

La ciencia del lenguaje o lingüística, que comprende la gramática comparada, tiene por objeto—y usted lo sabe mejor que yo—el estudio de las leyes según las cuales ha desarrollado el humano lenguaje. El conocimiento de las lenguas en particular, no es su fin, sino que para tal ciencia tan sólo es un medio. En esa virtud ningún elemento de las lenguas desperdicia ni desdeña la lingüística—ni siquiera el de los eruditos—para alcanzar su fin que es—repito—el conocimiento, en su cabal integridad, del lenguaje humano.

Antes de proseguir, haré notar que al hablar usted en su carta de flores naturales, de flores de trapo, de botánicos y de escorias, a propósito de las lenguas, hace usted una o más comparaciones muy bonitas y que dan ornato a su estilo; pero es muy especioso. Procede usted, pues, como retórico; porque el símil aclara y embellece, pero no suple al argumento.

«No puede el castellano (escribe usted en otro párrafo de su tan interesante carta) depurarse ni enriquecerse con latinismos, pues son dos idiomas diversísimos.»

A esto replico: pues *El Fuero Juzgo*, traducción en un romance todavía sin pulimento, de los cánones o reglas de los Concilios de Toledo, formulados esos cánones, promulgados y codificados primitivamente en un bajo latín medioeval; todo Berceo, cultivador del meseter de clerecía, y, por ende, latinizante el más cumplido; las sapientes leyes de *Siete Partidas*, inspiradas cuando no calcadas en el greco-latino derecho justineáneo; la sin par *Historia* de Mariana, escrita primero en un latín no carente de garbo y gentileza, y vertida después por su autor al romance, pero romance cuajado de latinismos, de vocablos y de giros, unas veces a lo Tito Livio y otras a lo Tácito; todo Granada, ciceroniano por más de un concepto; y Góngora y Gracián, en fin, que con su furibundo culteranismo consistente en la introducción de cientos y cientos de crudos y violentos latinismos, de que se inficionaron Lope, Rojas, Calderón y Moreto; todos estos y otros monumentos del habla castellana dicen a voces que nuestra lengua, después de ser una pura transformación del bajo latín o latín rústico, más bien, se infiltró hasta la médula del latín clásico, habiendo recibido dos, tres, cuatro y más bautismos de inmersión en las transpa-

rentes y fortificantes linfas de Cicerón y de Tito Livio. ¡Menguada lengua resultaría la castellana, si hubieran de cercenarse en ella el léxico y la sintaxis de sus escritores máximos!

En resolución ¿qué viene a ser la misma lengua castellana sino un latín sin declinación, sin voz sintética pasiva, con sólo el acento enérgico (perdido el musical de la lengua madre), con la adquisición del artículo y alterados un tanto el fonetismo medial y final de las voces?

Por demás importante me parece recoger el siguiente aserto que con todo desenfado estampa usted en su carta: «El pueblo echa a perder las voces cultas por no ser *su* idioma, pero las de *su* idioma las pronuncia conforme al genio idiomático y en ella es *maestro*.»

Lo que precede lo dijo usted sin duda, teniendo presente que el cabrero de marras cuando hablaba con Don Quijote decía *cris, desoluto y estil, por eclipse, absoluto y estéril*; pero si usted observa más detenidamente hallará que aun vocablos que no son técnicos ni eruditos, sino del lenguaje llano, también los estropea la gente inculta. Así acontece entre millares con *cirgüela, naiden (velai y a la desvuelta, oí decir entre el pueblo bajo de Santander, por helo ahí y a la vuelta), sastifecho, salú, denguno, onde, lamber, abuja, abujero, etc., etc.* ¿Es ésta la maestría que se pretende?

Sin desconocer lo que el habla popular tiene de colorido, de animación, de gracia a veces, de hondo y sabroso casticismo, todavía hemos de convenir que cuando la gente iletrada quiere alternar con las otras clases, da lugar a casos chuscos. Voy a referirle algunos:

Asistía yo de muchacho, con otros compañeros de mi edad, a una fiesta campestre. Hábiale tocado a un mi amigo por compañera de baile una muchacha de

padres rústicos, y como aquél viera que ésta hacía grandes extremos por el sonecillo en que rompía la música, preguntóle si era ella filarmónica, y respondióle al punto: no, soy del Real del Monte.

Aunque no salgo garante de su autenticidad por no haber sido testigo de ello, esta anécdota se me ha referido.

Dábase en la capital del Estado de Morelos un almuerzo de manteles largos o sin manteles, que tanto monta, por un general *zapatista*, de los que por acá hemos conocido en estos últimos años de prolongadas turbulencias; y como entre los comilitones habíase agregado un leguleyo de pueblo, a éste, como el más ladino, encomendósele la manifestación oral de reglamento; pero al comenzar, «brindo por el anfitrión,» señalándolo, el anfitrión que creyó en ello oír un insulto, no dejando proseguir al orador, en poco estuvo que de un vasazo no le rompiera el bautismo.

Hechas las explicaciones del caso, vínose en conocimiento de que nuestro héroe había confundido el término *anfitrión* con el de *auriga*; y como en tiempos no lejanos, habíalo sido, mejorado ya en profesión, no se sentía ganoso de oír mentar la sogá en casa del ahorcado, y así fue que la chamusquina sobrevino, aguándose los postres.

Invitado a entrar en un huertecillo de gente labradora, lleno de lindas flores, díjele a la dueña en són de agasajo: ¡qué vista, y qué aroma tan lindo! Ella contestó, deje usted la aroma, lo bonito que huele. . . .

Pero como ejemplo clásico de estropicios en el lenguaje vulgar, allí está el donoso paso del *Quijote*, cuando Sancho apostrofa a la que por Dulcinea vendíale a su amo con aquellos altisonantes requiebros que a su mismo amo hábiale aprendido: «Princesa y duquesa, vuestra altivez sea servida de recibir en su gra-

cia y buen talante al cautivo caballero vuestro»; palabras que la labradora «toda desgraciada y mohina» oía atónita, pero que le hicieron, al fin, ya con enfado, decirle a Sancho, «Apártese nora en tal del camino y déjenmos pasar que vamos de prisa.»

¿Dirá usted por ventura, que no son conforme al genio idiomático del castellano los sonidos *ch* y *ll*, sonidos uno y otro que el latín nunca tuvo por suyos? Pues bien, el pueblo de Madrid, como usted no lo ignora, con ser ambos sonidos tan idiomáticos y pronunciarlos limpiamente los vallisoletanos, salamanquinos y palencianos, como quien dice, los castellanos viejos, él, el pueblo madrileño los desvirtúa y afea, diciendo siempre *ye* por *ll* y *ts* por *ch*.

¿Dirá usted que la *s* en sílaba inversa no entra en el genio del idioma? No, seguramente, no lo dirá usted. Pues los simpáticos andaluces (ambas clases popular y aristocrática), y los no menos simpáticos cubanos omítanla constantemente y la reemplazan por un leve sonido aspirado tal como *loh fohforoh*, en vez de *los fósforos*, *uhte* por *usted*, con otros incontables ejemplos semejantes a éstos.

Y puesto caso que usted tiene al vulgo por el dueño del idioma, él debe ser el árbitro y por la misma razón que se pretende por usted que digamos todos *dotor*, *doctrina*, *afeción*, *afeto* y *Madalena*, que así es como el vulgo dice; lógicamente nos lleva usted a la consecuencia de que haga ley también el fonetismo que prevalece en Andalucía, donde no se usa otra lengua que la castellana; pero con qué singular fonetismo!!!... Que no admitirá usted la consecuencia por lógica que sea, me lo tengo bien sabido; pero ello no será sino una flagrante inconsecuencia en sus doctrinas.

Tengamos presente que la multitud iletrada de cada región, por la tendencia a la uniformidad local, por el principio de analogía aplicado a los sonidos y por el del menor esfuerzo, menoscaba no poco el elemento estético de las lenguas. ¡A qué anarquía nos llevaría que hiciera ley el fonetismo popular de cada región con los mil tonillos provincianos, por añadidura!

Recojo asimismo y comento esta incondicional sentencia que repite usted en su carta, tomada de su *Gramática de la Lengua de Cervantes*:

«Es *cursi* decir en España los participios en *ado*, en la conversación ordinaria. El genio del castellano rechaza esto, y por lo mismo se inventó la expresión que lo ridiculiza: «Ha llegado el correo de Bilbao.»

Aquí mis dudas se acrecientan, no porque ponga en tela de juicio que en España se conceptúe *cursi* el pronunciar íntegros los participios y adjetivos en *ado*. Mis recuerdos sobre lo que allá se estila coinciden con el aserto de usted; pero mis dudas se refieren a la afirmación de que las repetidas desinencias en *ado* las rechace la índole de nuestro idioma; así porque en España en el teatro, en las Academias, en el Ateneo y en las Cortes oí siempre pronunciar íntegras aquellas palabras, cuanto porque en todo el vasto territorio mejicano, clara, distinta y unánimemente se pronuncian completas las voces en cuestión. Apenas si a tal cual ebrio, oriundo de Silao, que trapalea, se le escapa algún *pelao*, *robao* o *destripao*.

Defienda usted cuanto quiera la desinencia de los participios, adjetivos y sustantivos castellanos en *ado*, suprimiéndoles la *d*, conforme es costumbre en España en el uso familiar entre todas las clases sociales. Si con ello se logra una brevedad mínima, por cierto, al hablar, tal práctica, en cambio, choca contra la índole

del idioma nuestro que de suyo es desatado y libre y no sincopado como lo son el francés y el portugués a las veces. Es un vicio del lenguaje local de la Madre patria que no ha trascendido a la América hispana, por lo menos a Méjico; como tampoco ha trascendido acá formas tan defectuosas en el empleo del pronombre tales como *la dije, la di a ella un ramo*, generalizadas por extremo entre escritores peninsulares, y que fueron parte para que Cuervo expresara «que en los españoles se va borrando cada día más el sentido gramatical de los casos.» (Carta a don Rafael A. de la Peña, fechada en París el 3 de julio de 1896. Imprenta de la Secretaría de Fomento. Méjico, 1897).

Pienso que el lingüista no debe menospreciar los datos que le suministre el castellano hablado en América. Pero usted prescinde de esta misma habla] como de la erudita, y falla sin reparo de lo que acontece allí el Atlántico. Su observatorio parece no alcanzar a más de cien millas a la redonda.

Aun teniendo presente la discreta advertencia de Maese Pedro sobre lo enfadosa que la prolijidad resulta, así y todo, no quiero dejarme en el tintero tal cual característica del español en la América, acaso poco sabida de filólogos españoles; así por ejemplo: que en Chiapas y en Guatemala en el habla corriente se dice *sentate* por siéntate, *comé* por cómo, *vení* por ven, y a este tenor todos los imperativos; cambiándoles de lugar el acento y alterándoles la forma; así como en Chile se conservan arcaísmos tan primitivos como *venrá, salrá, valrá, etc.*

Aun sin alteración fonética alguna en los labios del pueblo, cual acontece con las palabras, mohina que cambia en *muina*, humo en *jumo*, etc., varios términos usa la gente ineducada de mi país, como exclusivamente suyos, y que nunca emplean las personas de

cierta cultura, pues darían con ello nota de pertenecer a inferior clase social; *cobija* por abrigo, *cobijarse* el cuerpo por abrigarse, *contestar* por conversar, *escurana* por obscuridad, *mercar* por comprar, *trillar*, por pisar, está *tomado* por estar borracho, etc., etc.

¡Airoso papel haría usted hacer a aquellos mismos si se acogieran a lo que usted con tanto calor propugna!

«Ni Cervantes ni mil Cervantes podrían añadir una tilde al idioma, si no es aceptado por el pueblo. Los eruditos no tienen autoridad ninguna en cuanto al habla popular; son notarios y nada más, que dan fe del uso de los vocablos, no inventores ni autores de ellos.»

A semejantes asertos opongo este comentario:

Dados el nada escaso léxico que en sus novelas empleó el Príncipe de los ingenios y su muy grande inventiva, extraño sería que no le debiéramos vocablos de propio invento, si a otros escritores menos geniales se los debemos. Así Núñez de Arce inventó el lindo verbo *atardecía*, y un orador mejicano (don Manuel María de Zamacona) osó aventurar con el mejor éxito el término *convivialidad*, como sinónimo de banquete. No me extenderé citando más ejemplos que éstos.

Con referencia al gran Cervantes diré que, aparte los muchos italianismos importados por él, como *testa, prefación, bufete, espirlochería, conceto*) usted completará la extensa lista), hallo del personal cuño cervantesco: *Hamete Benengeli, Dulcinea, Miaulina, Rocinante, Casildea, silvoso, olivifero, masílicos y adarvar*. A disponer de mayor espacio notaría otros inauditos cuanto felices vocablos del peregrino ingenio.

La proposición de usted a mi parecer sería más exacta invirtiéndola: «El pueblo acepta las voces felices que los escritores inventan.» *Habent sua fata verba.*

Vemos, pues, que los autores son algo más que simples notarios en punto a lenguaje.

Para darle remate a esta ya larga epístola, pondré una breve glosa a esta punzante, aunque no contundente, apostilla que figura en su carta.

«En suma, la discípula de usted se metió en cuestiones fundamentales de lingüística en las cuales se muestra poco enterada.»

El tema porque optó la disertante, no lo tendrá usted, de fijo, olvidado. No fue otro que «Si la opinión sustentada por don Julio Cejador en su *Gramática de la Lengua de Cervantes*, de que debe repudiarse buena parte del vocabulario erudito, aceptándose preferentemente el popular, es sostenible en buena lógica.» Negativamente hubo de ser el desenvolvimiento de la Tesis y, contrapuesto, por lo mismo, a la inconsistente argumentación que usted expone, y contrario al punto de mira del cual es usted asimismo propugnador y divulgador tenacísimo: *la deslatinización del castellano*, y aun cuando con ello esté usted comprometiendo, en mi sentir, su dignidad de sabio, como Juliano el Apóstata cuando quería descristianizar al mundo.

Una nueva duda me sobreviene sobre si ese tema que en su Tesis expuso la señorita Huerta no sería de simple sentido común en su sustentación, y si no versó más que sobre puntos de llano y conocido lenguaje; si bien no se me obscurece que, como tal, guarda puntos de contacto con la lógica, la psicología, y, si usted quiere, con la misma lingüística. Ella, mi discípula, aun no cursa Filología, pues este curso en nuestra Escuela de Altos Estudios, va después del de Lengua Castellana y aun se exige para el mismo conocimientos previos, si no extensos, de griego y de latín.

Por esas sombras de duda que digo, cuando mi discípula me comunicó la elección que había hecho de tema, lancéle a quemarropa este enérgico apóstrofe:

*Procul este profani!*

Pero ella sin inmutarse y antes bien poseída de un sacro fuego semejante al que en momentos especiales animaba a la Pitia délfica, in continenti replicóme:

*In rebus dubiis plurima est audacia!*

Y ¡qué quiere usted! tuve que conformarme con que tratara el tema que se le puso entre ceja y ceja, convencido, además, como lo estoy, de que en la época actual mucho más que en otras de la historia, según el vulgar proloquio, los patos les tiran a las escopetas.

Aquí pongo término, y me despido reiterándole la expresión de mi admiración y aprecio.

MANUEL G. REVILLA

## IN MEZZO DIL CAMIN....

*In mezzo dil camin de nostra vita  
mi retrovai. . . .*

DANTE.

Largo camino a la mirada mía  
como si fuera colosal serpiente  
en caprichosas curvas se extendía,

y ante el cristal de mi pupila ardiente  
aquel camino, bajo el sol dorado,  
se empezó a desdoblar pausadamente...

Y lo miré. Y hallábase alfombrado  
unas veces con pétalos de rosas  
y otras con zarzas de ramaje airado;